

COMENTARIOS A LA MESA REDONDA SOBRE LA HISTORIA DOBLE DE LA COSTA

ORLANDO FALS BORDA

Investigador

Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales,
Universidad Nacional de Colombia.

Raymond Williams nos ha recordado aquí que soy el único autor programado que se hace presente en persona, porque sigo vivo. Y a decir verdad, ¡ni muerto me hubiera perdido de la sesión de esta tarde dedicada a la *Historia doble de la costal*. He gozado mucho escuchando a los colegas, y quiero agradecerles a ellos y a todos los presentes por haberme dedicado tanto de su valioso tiempo.

Vayamos al grano. Son muchas las cosas que quisiera decirles y, ante todo, aclarar, porque veo que en parte estos trabajos (que no son sólo míos) no han sido bien interpretados ni entendidos en lo que se han propuesto.

Pongámonos de acuerdo por lo menos en algo que necesita ser enfatizado en seguida. La *Historia doble* no es historia clásica sino una amalgama ordenada de mensajes y acentos sobre una situación humana concreta en el tiempo y en el espacio. Sería una historia, pero en el sentido amplio, flexible e imaginativo de los cuentos que mi abuelo el coronel Carlos Borda Monroy relataba sobre sus experiencias en la Guerra de los Mil Días; o en el de relatos de costeños como José Sánchez Galeano, el maestro campesino de Bongamella a quien tanto debe el último tomo de la serie. En la *Historia doble*, por la naturaleza de los problemas encontrados, resultó necesario integrar varias disciplinas, entre ellas la literatura, la historia, la ciencia política, la antropología y la sociología con el fin de observar, describir, explicar y conducir un proceso popular dinámico y contradictorio. Tanto su factura como su lectura reflejan (o deberían reflejar) no sólo aquella cronotopía, sino también una experiencia holística y vivencial, que se expresa así en su contenido como en su forma estereofónica de canales de comunicación escrita y visual.

He aquí, no obstante, que esta tarde los colegas norteamericanos colombianistas han examinado esa experiencia total descomponiéndola en tres de sus elementos disciplinarios: la historia, la ciencia política y la literatura. No quiero criticarles por ello, ya que lo han realizado con entusiasmo y respeto. Es lo que uno esperaría normalmente de procedimientos inspirados en paradigmas vigentes. Por eso, al exponer, los colegas hicieron pasar por el prisma académico el haz completo de luz que proviene de la obra criticada, y así han resultado coloridos parciales en que se reflejan particulares intereses institucionales o personales. Por tanto, es natural que hubieran salido no sólo los méritos y fallas evidentes de toda obra humana, sino también las preferencias y los reparos de los críticos. Pero, ¿se habrá comprendido mejor de esta manera el propósito de la *Historia doble* y se le habrá saboreado en su conjunto, que es a lo que invita la experiencia de su creación? Tengo algunas dudas.

Quién más se acercó a aquella exigencia holística fue Raymond Souza, al hacerme el honor de parangonar la *Historia doble* con la *Rayuela* de Julio Cortázar. En efecto, ambas obras son análogas en la articulación de sus diversos estilos y formas internas de comunicación. Lo de los canales A y B —uno para relatos, el otro para interpretación y fuentes— no es nuevo, aunque al diseñarlos no sabía de intentos anteriores. En las ciencias sociales se hallaba el ensayo del etnometodólogo Harold Garfinkel, reducido y poco convincente¹. Hay otro caso, posterior al mío, el del antropólogo Richard Price, quien dividió las páginas de su libro sobre los cimarrones del Surinam en dos secciones, con un fin parecido al de la *Historia doble*².

Veo que Souza, al leer, descubrió que los canales A y B se compenetraban en distintas formas, como fue mi propósito. Me complace esta constatación. Los canales no son simples repeticiones, como lo sugiere Charles Bergquist, sino descripciones y reflexiones distintas que se apoyan e ilustran unas con otras sobre la misma realidad o cronotopía que comparten. Los concebí casi como un conjunto sinfónico en el que entran y salen voces distintas sobre un mismo tema, según necesidades descriptivas, demostrativas o de énfasis. Otro lector informado, Eduardo Galeano, fue más lejos que Souza, pues con su reconocida originalidad Galeano explicó una vez que, en su lectura simultánea de los dos canales de la *Historia doble*, había descubierto los circuitos que van de las páginas de la derecha a las de la izquierda, y viceversa. Encontró sentido en esa novedosa experiencia de lectura: en efecto, por algo decidió seleccionar de esta serie un número de eventos para su *Memoria del fuego*, una obra histórico-literaria que, en verdad, también desafía los esquemas formales de la academia. Estoy seguro de que la *Memoria del fuego* sobrevivirá

1 Garfinkel, Harold. *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1967.

2 Price, Richard. *First-Time: The Historical Vision of an Afro-American People*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1983.

a mucho de lo escrito, aún por brillantes académicos, porque en las universidades se insiste todavía en colocar las disciplinas en compartimientos (departamentos) estancos donde se cree que se está resolviendo problemas con la aplicación especial y exclusiva de las propias reglas, con lo cual se limita la visión y se cortan las alas a la creatividad científica.

Me temo que el colega Charles Bergquist, con su crítica, quizás sin quererlo en el fondo, haya caído en ese reduccionismo esterilizante y negativo. No otra cosa puedo deducir al examinar, consternado, cómo ha aplicado a la *Historia doble*, de una manera cerrada, lo que él designa como "los tres pilares del historiador profesional": el dominio de la historiografía de lugar y tiempo, la documentación y citación críticas, y la interconexión dialéctica en el cambio social. Al sostener que yo he ignorado estas reglas en el trabajo aludido, no sólo parece excederse en la crítica sino que incurre en el grave error de retrotraer la historia a la era de las cavernas de principios de este siglo, al "diálogo de sordos", cuando todavía se discutía si era necesario o no superar el modelo especializado de historia política de Leopold von Ranke. ¡Oh, manes de François Simiand y Charles Seignobos! ¡Cuánta tinta ha corrido en balde desde entonces, para demostrar que es posible hacer una historia más amplia y humana, o una "nueva historia", que parte de James H. Robinson, Lucien Febvre y Marc Bloch, que encuentra una cima en Fernand Braudel y excelentes expresiones entre colegas colombianos! Todos estos (no todos historiadores) rompieron los moldes puristas y reducidos de la historia de los acontecimientos y, al hacerlo, usaron modelos integrantes de descripción y análisis que les acercaron a la sociología. Modernizaron y transformaron así la historia como disciplina científica. Al mismo tiempo, sociólogos como Max Weber se acercaron a la historia, como también Werner Sombart y Ernst Troeltsch, que no ocupaban cátedras de historia, sino de economía y teología. Todos ellos desbordaron los moldes de la especialización disciplinaria y aplicaron las "tres reglas" de Bergquist y otras más. El resultado fue una historia social que es, al mismo tiempo, una sociología histórica. Rompieron las fronteras de las disciplinas sociales y escribieron obras maestras. En cambio, ahora Bergquist insiste en apartar las disciplinas unas de otras para que el "historiador profesional" monopolice aquellos principios generales y pontifique en exclusividad sobre su aplicación, ya que sostiene, contra toda evidencia, que esa "lógica de la disciplina histórica la diferencia profundamente de las ciencias sociales".

Este grave desenfoque lleva a Bergquist a cometer errores de juicio respecto de la *Historia doble*. Es difícil contestar a este tono pontifical de crítica que él ha asumido, excepto hacerlo en la misma forma y gritar: ¡nada de eso es correcto ni está bien enfocado! Queda también la oportunidad de invitar a todos los observadores y lectores a que constaten cada cargo con las evidencias originales. Así lo espero, con la debida paciencia de todos. A algunos de los cargos más graves me refiero en puntos concretos más adelante. En general, desde cuando empecé a escribir, nunca necesité "invitar" como

expertos a los historiadores para que me sirvieran de consultores o guías, como lo sugiere nuestro crítico al final de su trabajo.

Sostengo, en cambio, que aquellos "tres pilares" o reglas del historiador profesional no son de la exclusiva propiedad de los historiadores sino que son guías generales de todas las ciencias sociales, a las cuales han contribuido personas que no han sido historiadores profesionales. Son reglas que se han venido integrando desde diversos campos del conocimiento. Este ha sido mi caso y mi propia experiencia en la academia y fuera de ella. En la práctica, muchos de nosotros hemos venido construyendo y aplicando tales principios en ciencias afines a la historia, como la sociología y la antropología comoquiera que se han inspirado en una filosofía holística. Como éste es el caso de la *Historia doble*, no puedo menos que interpretar las críticas de Bergquist como un caso de concreción dislocada ("misplaced concreteness") que impide ver las posibles contribuciones al conocimiento en trabajos de personas que, como yo, no somos "profesionales de la historia".

Esta inesperada evaluación del colega (inesperada porque en otros escritos Bergquist toma posiciones más abiertas, tolerantes o diferentes) me inspira terror, así tampoco me considere un estricto sociólogo. Es un terror que haya todavía muchos buenos historiadores que rechacen el contacto interdisciplinario en su profesión, que teman perder el confortable nicho institucional (lo que ocurre no sólo en la historia, por supuesto), y que prefieran seguir produciendo una "historia muerta", sin compromiso con procesos sociales reales que desbordarían las especificidades profesionales. Contra estas miopes actitudes nos levantamos los coautores de la *Historia doble*, porque hemos preferido colocar todas las reglas y técnicas de nuestras artes al servicio de la dinámica colectiva para trabajar con la historia viva, esto es, la que se siente en la dinámica de las aspiraciones y luchas de los pueblos, *cum factis*. En esta forma se modifican tanto el contenido como el sentido de las reglas formales, y se obtienen resultados diferentes que pueden ser más útiles e interesantes. Cabe preguntarse: ¿por qué el mismo Bergquist reconoce que algo anda mal con la difusión del conocimiento histórico contemporáneo? ¿por qué admite que no logra llegar con su valioso mensaje a las clases trabajadoras? . Quizás sea por la excesiva fidelidad a los marcos y reglas existentes en su disciplina. En buenahora Bergquist empieza a sentir estas tensiones y las expresa, lo cual puede llevarle todavía más lejos: a hacer el tipo de historia social que hoy, en opinión de muchos, se necesita.

3 Charles Bergquist sostiene en su último libro, *Los trabajadores en la historia de América Latina*, Bogotá: Siglo XXI Editores, 1988, pp. 449-450, que hay que tomar en cuenta "a las gentes ignoradas en la historia burguesa" y que "hasta cuando aprendamos a hacer más atractivos los estudios históricos, libros como el mío no serán ampliamente leídos por los miembros de la misma clase que se toma como objeto estudio". Pues bien, seamos consistentes y llevemos a la práctica lo que escribimos o pensamos.

Desde otro punto de vista: ¿por qué una figura de tanta importancia nacional como Juan José Nieto hubimos de rescatarla de labios de un sencillo anciano pobre de San Martín de Loba, que no de la ilustre tradición académica? Porque ésta ha preferido estudiar la historia con guantes profilácticos y sin compromisos populares. (Interesante es que, a pesar de todo, un académico de nota como es el doctor Eduardo Lemaitre, a quien ayer escuchamos aquí una brillante disertación, una vez publicado lo que escribí sobre aquel caudillo, decidió publicar otra biografía de Nieto en la que reconoció que la escrita por mí era "la más completa". No corrigió ninguno de mis datos ni glosó para nada la metodología empleada) .

Es evidente que un estudiante universitario armado sólo de aquellas tres benditas reglas formales del historiador profesional no podrá escribir sino *post mortem*. No le será posible escribir sobre la historia viva, porque tendrá dificultades de acceso al tipo de fuentes comprometidas con la acción, ni sabrá emplear el archivo de baúl, ni la imputación, ni la proyección ideológica, ni las otras técnicas derivadas de métodos participativos de estudio-acción. Todo ello tendrá que aprenderlo por fuera de las instituciones, aunque muchas de éstas ya empiezan a asimilar y cooptar tales métodos. Ustedes preguntarán: ¿quién pierde con ello? La sociedad en general pierde el conocimiento amplio y equilibrado de las realidades, especialmente de aquéllas que han sido relegadas por la cientificidad interesada. Ello no quiere decir que no se puedan seguir haciendo estudios formales, como los que me publicaron el egregio *Hispame American Historical Review* y *The Americas* en 1955 sobre el cronista Fray Pedro de Aguado . Pero, francamente, no creo que muchos me vayan a recordar por esos artículos, que fueron escritos bajo la experta tutoría de algunos de los mejores historiógrafos norteamericanos. Quizás me recuerden más por esos cuatro tomos de alegrías y tormentos vivenciales que cubren desde Mompox hasta el Sinú.

En el fondo, se trata de un asunto de prioridades, de orientaciones ideológicas, de compromisos que rompen aquellos mitos a que llevan las reglas profesionales entancas, tales como el de que haya una "historia final", o un "conocimiento de verdades absolutas". Así lo sentí esta tarde. ¿De cuál historia final se trata, excepto la muerta que nos imponen desde arriba como versiones oficiales o elitistas? ¿Con cuál verdad absoluta contamos, si ni en la física se aceptan ya tales postulados?

4 Lemaitre, Eduardo. *El general Juan José Nieto*, Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1983.

5 Fals Borda, Orlando. "Odyssey of a Sixteenth-Century Document: Fray Pedro de Aguado's *Recopilación Historiar*", *Hispame American Historical Review*, XXXV, No. 2 (mayo 1955), 203-220; "Fray Pedro de Aguado, the Forgotten Chronicler of Colombia and Venezuela", *The Americas*, XI, No. 4 (abril 1955), 539-574.

Se olvida que todos tenemos nuestros especiales sesgos, y que por eso no conviene dogmatizar. Por fortuna Michael Bakhtin, hoy de moda, viene en mi auxilio. Ayer no más alguien recordó que este teórico del lenguaje sostuvo que "no existe la última palabra, ni tampoco la primera". De modo que, según esta fluida visión, la historia y las ciencias serían un diálogo sin principio ni fin. Además, Bakhtin destacó el problema del receptor de expresiones en contextos literarios e históricos⁶. Parece, pues, necesario determinar referentes para la aplicación conjunta y combinada de la historia, la sociología, la ciencia política, la antropología, etc, y para el quehacer de los científicos sociales en general. ¿Para qué y por qué se escribe o comunica? ¿Para quiénes se escribe? Y de allí deducir si el resultado ha sido útil o no en contextos determinados.

En el caso de la *Historia doble*, allí quedan expresados con nitidez sus propósitos: no se escribió como historia formal ni como historia final, para las élites o para los académicos, sino ante todo para suministrar a las clases subordinadas de la sociedad elementos de lucha ideológica que les permitan defenderse de las injusticias que padecen. Esta es la transparente definición personal que se me tacha como voluntarista, moralista y chauvinista regional. Pues bien, que así sea. Por lo menos, juego mis cartas a la luz del sol y no aparentando neutralidad valorativa. Estas son algunas de las reglas alternativas de historiografía que he aprendido con la vida y con centenares de personas sencillas, reglas que creo tan significativas como aquellas con las que inicié mi carrera científica.

Hemos pretendido luchar igualmente contra el monopolio del conocimiento que dicen tener los intelectuales, y que muchas veces ha producido resultados aberrantes, incorrectos y letales para la humanidad. Por eso no nos apena apelar al sentido común, a la cotidianidad, a los "conocimientos subyugados" (Foucault) y a la ciencia popular, como elementos adecuados y legítimos de defensa de la vida. Creemos que así se enriquece igualmente la ciencia académica, cuando abre las puertas. Todo ello inspira el tipo de historia viva y el conocimiento integral que producimos y que evidentemente ha roto los niveles puristas o profesionales ya señalados.

Pasemos ahora de lo general a lo particular.

1. Tiene razón Bruce Bagley al señalar las limitaciones de la *Historia doble* en cuanto a su interpretación del caudillismo costeno (esto es más complejo de lo que parece) y en cuanto al ethos no violento de los indígenas precolombinos, como fuente de actitudes y valores actuales de los habitantes de la Costa. Sobre estos asuntos debemos trabajar con mayor cuidado y profundidad, así como sobre los elementos de la costeñidad que Bagley señala.

6 Morton, Gary *S. Bakhtin: Essays and Dialogues on his Work*, Chicago: University of Chicago Press, 1986, p. 97.

2. Bagley anota correctamente que me falta mayor precisión sobre la presencia del Estado (o su ausencia) en las regiones estudiadas. El tema ha sido tratado recientemente, de manera más completa y en conjunto, con varios colegas, lo cual, como espero, compensará aquellas fallas . Pero creo que Bagley no debería exigirme que incluyera a la Sierra Nevada de Santa Marta (el título de la serie puede ser desbordante). Este complejo regional sólo se trata tangencialmente, porque el propósito de la serie fue explícito en concentrarse en la antigua provincia de Cartagena, no a la de Santa Marta —que bien merece otro esfuerzo similar, quizás más prolongado que los catorce años en el terreno dedicados a la *Historia doble*.
3. Me parecen importantes y sugerentes los aspectos sobre la base feminoide de la cultura anfibia que hace Souza, aspectos que apenas se intuyen en la serie.
4. ¿De dónde saca Bergquist que ignoro el "período crucial" de 1860 a 1930? Por lo visto pasó volando por los capítulos 5, 6, 7 y 8 del tomo III y los 5, 6, 7 y 8 del tomo IV (ambos canales), que hablan del impacto del capitalismo y el imperialismo, la formación de la clase trabajadora (no sólo rural) y la lucha campesina que él quiere destacar. Además, creo que no debería exigirme la periodicidad macrohistórica aludida ni fabricarla con citas aisladas, tomadas de aquí y allá, puesto que éste no fue el propósito de la *Historia doble*, aunque sí de otros libros míos .
5. No hay que quejarse por la marginalidad del presidente Rafael Núñez en *la Historia doble*. Se le da importancia en los momentos adecuados (véanse los índices onomásticos de los tomos II y III), pero se le destaca a la luz de hechos pertinentes documentados (traidor de Nieto y testafarro de los latifundistas que se robaron el resguardo de Jegua). Quien desee conocer otros aspectos de Núñez podrá acudir a la decena de sus biografías publicadas *post mortem*. En la *Historia doble*, por el contrario, pretendemos dar más importancia a héroes del pueblo o a antihéroes de procesos nacionales, o ver estos procesos con los ojos de la infantería popular, no con los de los generales a caballo.
6. Por la rigidez de su formación profesional, Bergquist lleva a reificar los dos canales A y B para ver en ellos un conflicto de enfoques o dicotomía que, como queda dicho, no existe para nada. No se puede homologar la presentación de estos canales con la vieja idea de que uno representa el hacha o el trabajo manual, y el otro el papel sellado o el trabajo intelectual,

7 O. Fals Borda, E. Guhl, D.E. Peñas y otros, *La insurgencia de las provincias: Hacia un nuevo ordenamiento territorial para Colombia*, Bogotá: Siglo XXI Editores, 1988.

8 Por ejemplo, *Subversión y cambio social*, Bogotá: Tercer Mundo, 1968, de la que también hay versión inglesa: *Subversión and Social Change*, New York: Columbia University Press, 1969.

etc. Ambos canales se entrecruzan y se han concebido conjuntamente dentro de un compromiso ideológico-político de formación de cuadros campesinos y apoyo a las luchas populares. Y el consejo que me da de hacer un solo relato de A y B para "evitar repeticiones", llevaría a perpetuar el estilo de "ladrillo" difícil de leer que sigue afectando la producción de las ciencias sociales, y que él mismo ha dicho querer dejar atrás.

7. No tengo aversión al análisis marxista. Por el contrario, desde el primer tomo me basé en el concepto de "proceso histórico- natural" para plantear la teoría de la regionalidad que ha adquirido inusitada vigencia (ver nota 7). Pero no hago alarde de marxista, calidad que considero muy difícil de alcanzar en cualquier parte del mundo.
8. Bergquist leyó mal el capítulo que más le gustó de toda la serie: el 8 del tomo IV en el que asumo el papel de "observador participante" y lo escribo en forma de diario. Allí demuestro todo lo contrario de lo que él dice: no exalto el papel de los intelectuales revolucionarios, sino que los critico (y me critico), como además lo hice de manera más extensa en la fuente allí citada .
9. ¿Por qué hay que sospechar de la tradición oral para la historia y las ciencias sociales, y no de otras, incluyendo las fuentes escritas y las de archivos oGciales? En las circunstancias concretas de la Costa Atlántica, el estudioso no podría llegar a ninguna parte sin buscar y analizar fuentes orales. Las escritas son muy pocas o están en pésimas condiciones por muchas razones. Además, ¿por qué sería más objetivo o menos "contaminado" mi diario de 1972 (capítulo 8, tomo IV) que la descripción que yo mismo hice de la "Guerra de la Burríta" de 1920 (capítulo 7, tomo III) basado en la historia oral? En ambos casos juegan mis propias decisiones y mi propia subjetividad como investigador, como lo he declarado abiertamente, sin desconocer el factor anclante de los "datos-columnas".

Así, no es necesario preguntarse a quién pertenece el material primario analizado y presentado: es obvio que pertenece conjuntamente al analista o presentador y a las personas que suministraron la información, aunque primariamente a las segundas. Tal el caso del manejo que hice de la técnica de la imputación, que envuelve sumar información de varios entrevistados en una sola persona, con miras a la coherencia descriptiva y analítica¹⁰.

Tampoco es válido aducir que la imaginación sea "contaminante", ni aún en la forma empleada en esta serie. La imaginación es parte de la tarea

9 O. Fals Borda, "Por la praxis: El problema de cómo estudiar la realidad para transformarla", en Simposio Mundial de Cartagena, *Crítica y política en ciencias sociales*, Bogotá: Punta de Lanza, 1978 (también traducido a otros idiomas).

10 Esta técnica de la imputación ha sido llevada a un eficaz e interesante desarrollo por Alfredo Molano, en sus recientes libros: *Selva adentro*, y *Los años del tropel*, ampliamente conocidos.

científica, como lo saben aquellos a quienes se considera los más estrictos de todos los científicos: los físicos y los astrónomos¹.

De allí que no pueda aceptar tampoco la tesis de que no exista en la investigación-acción participativa (que guió la *Historia doble*) la posibilidad de constatar hechos y evidencias, especialmente los que provienen de archivos de baúl. La IAP es tan rigurosa y quizás más exigente que la investigación clásica o positivista. Toda la información sobre hechos advertibles denominados "datos-columnas" (el meollo del relato y de los análisis respectivos), está documentalmentemente sustentada por archivos, entrevistas o fuentes primarias y secundarias. Precisamente, para facilitar esas consultas y abrir todas las fuentes de información al control externo de cualquier interesado, el Banco de la República (Subgerencia Cultural que auspició este encuentro en Cartagena) recibió la donación que hice de todas mis notas de campo, libros regionales y locales, periódicos de provincias costeñas, libros de cuentas, registros de negocios y empresas, resúmenes de archivos de España, Bogotá, Cartagena y notarías varias, documentos originales, miles de fotografías y grabaciones, mapas y objetos de valor histórico que regalaron las familias que participaron en esta investigación, con todo lo cual el Banco organizó el Centro Regional de Documentación que ya funciona en el segundo piso de su edificio en Montería (Córdoba). De modo que invito a todos los estudiosos y curiosos para que vayan a Montería a constatar la información que ofrece la *Historia doble*, y ver que lo que se ha postulado como "datos- columnas" no es ningún invento. Allí está todo identificado, clasificado, fechado como lo exigiría cualquier historiógrafo adiestrado, en relación con la serie, sus tomos y sus páginas, para facilitar el "control externo". Y también para que cualquier persona confirme cómo en este contexto de seriedad y ordenamiento jugó la imaginación sentipensante del costeño, que justamente destaca Raymond Souza.

Finalmente, ¿quién puede determinar, en última instancia, si un estudio vale o no, si es útil o no? Las actuales discusiones sobre construcción de paradigmas llevarían a concluir que ese juicio queda reservado a los grupos de científicos que asumirían la personería del nuevo complejo de ideas que desplazaría al paradigma anterior. No estoy de acuerdo en conceder a estos nuevos "expertos" ningún derecho al monopolio del conocimiento, que venimos de objetar y seguimos combatiendo. Me parece que la evaluación de aquellas comunidades y grupos con los cuales se realizaron los estudios respectivos es más autorizada. Los criterios prácticos de la realidad, *post facto*, pueden resultar más convincentes y precisos sobre si se han ganado o no determinadas metas de cambio social o de ilustración general, que los criterios puramente verbales de los científicos paradigmáticos.

11 Cfr. diversas historias de las ciencias, y obras recientes como las de Stephen W. Hawking, *A Brief History of Time*, New York: Batam Books, 1988, y James Gieick, *Chaos: Making a New Science*, New York: Viking, 1987.

Por eso comprendí bien las sonrisas escépticas que corrieron entre el público cuando Bergquist se atrevió a sostener, él solo, que mis metas son "vanguardistas, elitistas, manipulativas y antidemocráticas". ¡Vaya, pues! El pueblo y el tiempo lo dirán en los procesos de la vida real.